

En el alba

Hallazgo en las sombras:
luz de la mañana
entre las riberas
de la noche. Baja

y la encontrarás
entre guijas francas
dando luz al sesgo
sobre la montaña

de perfil. ¡Si vieras
qué nube mandaba
cernidos envíos
de locura clara

sobre mi cabeza!
Prolongada capa
de iris matidal
en arco colgaba

de una cima; lluvia
fina la calaba.
El día, era concha
impura de nácar,

tras de ti se abría
y de ella saltabas.
¿Oriental, difusa?
Evidente, exacta.

Equilibrio firme
de presencia. Tácita
rueda de la aurora
que rinde y acaba

su giro. Previsto
término del alba.

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - ENERO

NÚM. 1

Guía estival del Paraíso

(PROGRAMA DE FESTEJOS)

A Salvador Dalí

*HOTEL de Dios: pulsado por los trenes
y buques. Parque al sur. Ventiladores.
Automóvil al mar y los andenes.*

*San Rafael, plumado, a la cantina,
chófer de los colgantes corredores,
por un sorbete lleva, sin propina.*

*¡Al Bar de los Arcángeles! De lino,
las cofias de las frentes; y las alas,
de sidra y plumas de limón y vino.*

*Por una estrella de metal, las olas
satinan el marfil de las escalas
áureas de las veloces pianolas.*

*¡Campo de Aviación! Los serafines,
la Vía Láctea enarenada, vuelan
la gran Copa del Viento y los Confines.*

*Y en el estadio de la luna, fieros,
gimnastas de las nieves, se revelan,
jabalinas y discos, los luceros.*

*¡Reina de las barajas! Por los lagos
de Venus, remadora, a los castillos
del Pín-Pán-Pún de los tres Reyes Mogos.*

*Carrera de los vírgenes cometas
en cinta, alrededor de los anillos
saturnales, de alcol las bicicletas,*

*¡Funicular al Tiro de Bujías!
¡Submarino al Vergel de los Enanos,
y al Naranjal de Alberti, los tranvías.*

*HOTEL de Dios: pulsado por los trenes
y buques. Hall al sur. Americanos
refrescos. Auto al mar y los andenes.*

Invierno postal

(FRAGMENTO)

*TARJETA panorámica: el paseo,
antártico y de azul. —¿Tiene usted frío?
Sube y baja el invierno en su trineo.*

*Autorizadas, las peleterías
abren las jaulas del escaparate
y el oso blanco abriga los tranvías.*

*¡Dadme un beso, románticas señoras!
¡El último, en mi frente sin sombrero,
mis dignas Venus puras, protectoras!*

*¡Cuidado! ¡A la derecha! Repetida
y al volante, Amarilis, combos rieles
negros dibuja en el asfalto, huida.*

*¡Caballeros!: el paso, a los galanes
que libres de solapa y camiseta
muerte han dado al enero y sus gabanes.*

*Rosas del frío frío, descotadas,
por las ágiles pistas de las nieves,
van, andróginas dulces, aurialadas.*

*¿Dónde os ví yo; nostálgicas postales?
¿En qué cine playero al aire libre
o en qué álbum de buques lineales?*

RAFAEL ALBERTI

Nómina incompleta de la joven literatura

ALBERTI, Rafael. —Nada menos que andaluz. Y del Puerto de Santa María. Ha navegado con Góngora, Juan Ramón Jiménez y García Lorca por los mejores mares de la Poesía. En su barco, empavesado y alegre, no faltan recámaras. Marinerito en tierra, gusta de la gorra inglesa para viajar de café en café.

ALONSO, Dámaso. —Creo que de Madrid.

Calva incipiente, algo de moflete y gafas: cierta expresión de enfurruñamiento. Puro «camouflage». Es mucho más apacible este muchacho que otros de apariencia menos huraña. Parece agrio y es dulce. Su palabra, tímida y esquiva, contrasta con la firmeza y diaphanidad de su actitud y de su aptitud.

BERGAMÍN, José. —De Madrid con sangre malagueña.

Cazador más piadoso de lo que él mismo cree. Quien lo vea con su escopeta de aforismos y su canana de terribles intenciones, le tomará por un alma dura. No hay tal. Probablemente querría devolver la vida inmediatamente a las piezas cobradas. —«Pero si yo, después de todo, no tengo nada contra este avechicho...» —diría. Y esta falta de motivación personal es precisamente lo que revela su magnífico desinterés literario. Este deporte es el verdadero trabajo de Bergamín; cuya labor en bufete de abogado es su auténtico pasatiempo. Llegado el caso, hojea el Medina y Marañón. Pero le sirven de registro las estampas de sus santos: Nietzsche, Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Cocteau. Enseguida, a la obligación. Es decir, a cazar. La caza de Bergamín será mayor cada día. Acabará cazando los conceptos de vuelo más aquilino desde una meseta amplia y oreada.

CHABÁS, Juan. —De Denia.

Ojos negros y lucientes como culata de revólver. Voz tostada. Hombre muy mediterráneo, habituado a la diagonal Denia-Génova. Habla con énfasis un tanto dogmático, pero luego le sobreviene un punto de perplejidad y pregunta: «¿no...?». Yo le recuerdo de soldado de cuota en Artillería, cruzando indiferente el pasmo de todas las nieblas. Le he conocido también con un sombrero flexible gris perla, de ala delantera caída, algo cantante de ópera.

DIEGO, Gerardo. —Muy de la Montaña.

Hombre de sorpresas. «He visto a Diego en un *dancing*», dice alguien. «No es posible», replicó. —«Palabra de honor». —Y otro día, otra persona: «He visto a Diego toreando en una becerrada». —«No es posible». —«Palabra de honor...». Sabido esto, es de creer que su escuela tauro-técnica sea la de Vicente Pastor, torero grave y concienzudo que tomaba todas las suertes en serio. El aspecto de Diego es un tanto desasosegado. Cuando examina, seguramente que el examinando lo parece él.

ESPINA, Antonio. —Madrileñísimo. Contra lo que yo he creído alguna vez, no existe mas Antonio Espina que uno. Cosen al poeta y al articulista puntadas de sarcasmo. Menudo, quebrado de color. Administra bien la mala intención, y sabe ofrecer cuando corresponde su mano abierta de amigo. Es de los últimos jugadores de «dominó». Tal vez sea el único romántico de la Joven Literatura.

GARCÍA LORCA, Federico. —De la vega de Granada. Por más que la vega de Granada, nació, para la Poesía, con él.

Llegó desde la Música, en un tren que le sirvió para recorrer la España más vieja con sus compañeros en la cátedra de Teoría del Arte de la Universidad de Granada. Y llegó con un libro raro y curioso en que manejaba palabras que, por lo visto, le fueron reveladas de súbito. —«Pero, chiquillo —decían muchos —¿quién te ha enseñado a ti a decir «canéfora»?». Ya en Madrid, acabó de urbanizarse, y se caracteriza muy bien de Residente. No da gran crédito al reloj ni al almanaque. Es violento de gesticulación y ademán como un gitano. Y moreno, naturalmente.

GUILLEN, Jorge. —De Valladolid, pasado por el aire más fino de Europa.

Material el suyo noble y frío: traslucido. Por eso se le ve el fuego recóndito y distante en que él prende su selección de afectos. En su alambique de poeta destila poco a poco ese libro de muchos grados que algún día paladearemos todos, décima a décima. O romance a romance.

JARNÉS, Benjamín. —De Alhama de Aragón.

Tiene biografía: ave rarísima de hoy. Pueden hacerse preguntas como estas: «¿Ha luchado usted mucho? ¿Qué recuerda de su vida en el seminario? ¿Y de sus años de cuartel?...». Ha escrito novelas y libretos de zarzuelas que él no confesará nunca. Sabe disimular algo más que la obra anterior: los años. Salíó del Purgatorio en «Plural». Se acerca a la bienaventuranza con «El profesor inútil». Es bastante rubio. Suele sonreír con más estupor que regocijo.

MARICHALAR, Antonio. —De Logroño. (¿Y por qué no...?)

—«Tengo para usted...». Una revista, un libro, una carta. Siempre tiene algo para alguien este Cónsul de las más entonadas Repúblicas literarias. Se le ve en teatros, en tes: oye todas las conferencias. Es el más asiduo tertuliano —después del Doctor Sacristán— de la «Revista de Occidente». Y el pombiano mejor portado. Tiene cuatro frascos con lindas palabras en el marbete: «Palma», «Girola», «Risco», «Idolo bello». Ya sabemos de los dos primeros; fino licor de excelente aroma.

SALINAS, Pedro. —De Madrid y de la calle de D. Pedro. De D. Pedro Salinas, claro. El tiempo completará el rótulo.

—«Mañana viene Salinas» —es frase que nos decimos los amigos muchas veces al cabo del año; víspera del gozo de verle. Pero en Madrid no está Salinas nunca: pasa. Cruza Madrid solo el tiempo necesario para ver a Juan Ramón y avisar al ómnibus de la Central. Su sino es ir siempre de acá para allá, rápido en su corpulencia, temiendo algo, sacudiendo el aire con el ala de su gran espíritu, cerrando los ojos y tapándose los oídos para no ver ni oír la compañía con bandera y música que rinde honores a su maestría.

TORRE, Claudio de la. —De las Palmas, pero le salió al encuentro, para envolverle, un blando aire cubano.

Sería curioso oírle —quien pudiese— un diálogo con Eugenio d'Ors. Como la palabra, el paso: deslizante. Claudio

Molino de Razón

Ante la locura del hombre, la razón del molino es un gigantesco aspaviento loco.

Ante la razón del molino, la locura del hombre es una diminuta razón insuficiente.

*

El molino sabe que todo lo que hay sobre su cabeza es música celestial; por eso pone atento oído a la secreta melodía sutil que hacen al morderle en el corazón sus roedores.

*

Parece que la tierra anda más despacio desde que se han parado las hélices de sus molinos.

*

El molino es un cabezota, testarudo, porque no quiere que su inmensa hélice le levante del suelo.

*

No solo de pan vive el hombre; ni de viento el molino.

*

El molino trabaja perezosamente, como hay que trabajar; mirando siempre al cielo.

*

«Sin prisa, pero sin descanso, como los astros» trabaja el molino.

*

Hay que aprender, también, a ser loco.

*

El molino tiene la cabeza a pájaros—como hay que tenerla—; a pájaros y a estrellas.

*

He tomado en mi vida una cruz que da vueltas como las aspas del molino; y muelo razonablemente mi harina haciendo aspavientos de loco.

JOSÉ BERGAMÍN

de la Torre no pesa ni pisa. Lo sentimos a nuestro lado, suspendido de nuestro brazo y pendiente el bastón, como un susurro de interrogantes: «¿Verdad? ¿No? ¿No le parece...?». Se dijera que preludia una confidencia no rematada jamás.

*

X.—Incógnita que algún día se despejará.

Alma lúcida y sin entusiasmo la de X. Siente gran aversión por las cuartillas. Las hace encuadernar en libros y escribe sobre ellos directamente, para creerse a salvo. «Nada de papeles sobre la mesa» viene a ser el grito de este escritor que quisiera escribir en el aire. Cuando termina su manuscrito lo deja entre los libros impresos de su Biblioteca, como un libro más, que sólo él, si acaso, abrirá en alguna ocasión, con el gesto de quien se busca en olvidadas fotografías.

—¿Por qué no publicas siquiera ese «Bobo aviador» tan agudo y vivaz...?—le pregunté una vez.

—¡Psch...!—me contestó displicente, extendiendo el brazo para tirarse del puño.—No es indispensable que la gente conozca mis ocurrencias...

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

Madrid, 1926.

Romances sin viento

(A ANTONIO MARICHALAR)

1

(LA TELA DE ARAÑA)

La ventana del desván
limosna le pide al día,
temblosa de tinieblas
bajo su rota cortina,
por aliviar a la forma
que dentro vive cautiva
desfalleciente de luz
sobre su melancolía.

Dormido sobre una mesa
que de ella misma se olvida
—herbario de pensamientos—
un libro su alma medita;
mientras canta la carcoma
en el misterio escondida
y los cedazos del tiempo
ciernen sus pardas harinas.

Un agua lejana y lenta
desgrana su ciega espiga
y en ecos de muerta plata
queda entre sombras perdida.

Mi corazón, como un gato,
en su almohada dormita
bajo su eléctrica piel
guardado en su urna viva.

Y mientras la inútil brújula
del silencio, lenta gira,
por la sombra del desván
los murciélagos patinan.

2

(PERGAMINO)

Se mudó de piel la luna
imitando a la culebra
y al código de la noche
envolvió con su luz seca.

La momia de una campana,
sangre amarilla gotea,
que en el viejo monasterio
donde fué el pincel abeja,
miniado sobre su alma
se apaga un monje en su celda.

El código de la noche
sus tapas doradas cierra.

3

(ENCAJE NEGRO)

Junto a una virgen de cera
—yema de un huevo de vidrio—
tiembla la almendra dorada
de una lámpara sin brillo.

Como una estrella de trapo
está el silencio caído
sobre almohada de miedo,
bordado en seda de olvido.
Y la sombra, como un gato
bajo la luz escondido,
en las paredes del aire
cuelga sus blandos maullidos.

Destilada del recuerdo
—blanco jazmín ya marchito—
teje una anciana su rezo
siendo de ensueños su ovillo.
Y en su pensamiento lento
se queda enredado el hilo,
empañando las imágenes
de sus espejos perdidos.

Tiembla la luz misteriosa...

En un armario, dormidos
entre páginas de ébano,
como rosas en un libro,
crujen los rasos deshechos
entre mustios abanicos
mientras—corazón del sueño—
vierte el reloj sus latidos.

Flor sonámbula del tiempo,
blanco lirio desvaído,
como una estrella de trapo
está el silencio caído,
junto a una virgen de cera
—yema de un huevo de vidrio—.

EMILIO PRADOS

Balada del prisionero

Al claroscuro del alba,
Sagitarios del silencio.
Los gallos la sombra erizan
De plumas y cacareos.
(San Sebastián de sus gritos,
Se está desangrando el cielo).

Campanas de madrugada,
Apedreando luceros.
—Rotos cristales celestes
sobre los arroyos ciegos.
Del gris al malva, la aurora
Columpia su frío aliento.
—Chopillos orilla al río,
Tembores en esqueleto.

Huella del desnudo ausente,
Isla en el atlas del lecho.
Mar de soledad. La brújula
Apunta al Norte, en el pecho.

Relojes melodramáticos,
Con el corazón enfermo;
Su ojo redondo preside
Las cuatro esquinas del miedo.

En la almohada se deshoja
La margarita del sueño:
El sí y el no del monólogo,
Esaques blancos y negros
Donde mueven su ajedrez
Las figuras del recuerdo.
—Por gaje de la partida,
Mi vida puesta al tablero.

La última sombra nocturna,
De pronto salta del techo.
Desbarata el tabladillo.
Mis manos prende con hierros.
Vueltas del revés, las horas
Me llevaban prisionero.

Me cantan en los calcaños
Cadenas—y en el deseo.
Sobre la playa del alba,
Qué adiós hacia el día nuevo!
—Mas ya en el negrero puente
Me ataban con tus cabellos.

Sueño de Lot

Para que llegues a mí,
Sobre los ríos del alba
Tiendo, de la noche al día,
Mis versos—puente de barcas.

Pies, en las luces inciertas
Meciendo, en cada pisada,
Su descarnada blancura
Sobre el rosa de la planta,
Y el funámbulo perfil
—Cabeza abajo—en las aguas!
(La luna, empujando, cerca,
Su salvavidas de nácar),
Balancín de los abiertos
Brazos. Manos que acompañan
Lo exacto del movimiento
Y acaban el gesto en ala.
Trémulos labios en donde
se va helando la palabra.

Redondo brillo de estrellas
Ciñéndote las espaldas.
—Qué ondular de mar dormida
Pecho y desnuda garganta
El vientre, menudo, firme,
Acoraza tus entrañas,
Su recatado latido
A tus caderas afianza
—oh piedra viva, que el duro
Cíncel de la noche talla!
Con cada paso que das
A vida mi amor te gana,
Y hacia tu pisar sonámbulo
La ribera se adelanta,
Toda desembarcadero
Desmelonado en amarras.

Eje de las horas, blanco
donde mi aliento se clava:
Abiertos tengo los brazos
Y el silencio, a tu llegada.
Asienta el pie en la ribera
Y da paz a mis miradas.
En el lecho de tus frescas
Miradas recién regadas.

—Su mano pone en mi mano.
Hunde la frente en la almohada
De mi hombro...

En el barroso
Dintel de la matinada,
Tu hielo, estatua de sal,
Mi turbio sueño apuñala.

JOSÉ M.^a QUIROGA PLA

Estampas de los 7 años

I

Hoy la tarde era serena, con el sol de oro; y mañana igual, todo el verano y sus días. Y, ¿qué juego hacemos hoy? Se oían los nombres en distintas voces y corríamos llevando de la mano a todas las niñas para formar un corro muy grande. Comenzaba el juego, siempre, con una niña en el centro del corro. Y empezábamos a girar lentamente, con una ligera ondulación. Pasaba la rueda sobre el mar. Ahora azul, ahora rosa, ahora blanca, como un pequeño arco-iris. La voz delgada, infantil, se perdía entre las manos enlazadas. Y el mar y la tarde se tornaban rosas, sobre las cabezas y en los pies descalzos de todas las niñas.

II

Esta caja de cartón llena de figurines recortados, al encontrarla hoy de nuevo, y al abrirla, me ha llenado el alma de recuerdos. Dentro, unas sobre otras, en mezcla de tonos desteñidos, he vuelto a ver a todas mis amigas: mis señoritas de papel. Todas tenían su historia de amor: un amor blanco de papel, como la nube sobre la azotea. Allí, arriba, el cuarto pequeño con la puerta abierta frente al limonero de la casa vecina y el rico poblado de casitas de colores y gritos lejanos. Aquí, mis historias. Cierro mi caja de cartón. ¡Adios mis amigas!

III

Cómo era el amanecer, me dejaron acostada y fueron todos a recibirlos. Llegaban los padres y la hermana después de aquel viaje tan largo. Y yo iba a ver a «mamá», a «papá»... Yo no los recordaba, toda mi fantasía vagaba oscura en derredor y no podía dormir. Se oyó primero el rodar de un coche. Luego unas voces que se acercaban y el patio se llenó de besos. Y ahora, en la escalera, un tintineo de cascabeles. Y la cabeza se me desvaneció. ¡Qué alegre era la llegada! Se abrió la puerta de mi cuarto y entraron dos señoras, con los brazos abiertos. Sentí que me besaban, me abrazaban, y estuve unos momentos ahogada entre pieles húmedas y en el perfume cálido de las mejillas y los labios. Y luego, otros ojos de un señor que me miraba, brillándole uno más detrás de un cristal, y una mano que me acariciaba la cabeza. Y como alguien dijo que yo sabía leer, todos salieron apresurados en busca de un periódico. Y yo leí: FESTIVIDAD DEL DÍA.

IV

Como así lo habían mandado los padres de Inglaterra, así se lo pusieron. Era en día de paseo, y para que el niño fuese guapo le pusieron el abrigo. Los demás le mirábamos engalanarse, abrigados en los nuestros de confección isleña. Cuando se lo hubo puesto, le observaron unos instantes en silencio. El niño dió unas vueltas en el cuarto, tropezando, con el abrigo colgado de los hombros. Se hizo una observación en voz baja: «¿No lo encuentras demasiado largo?» Y otra: «Debe ser moda». Y salimos de paseo. Paseamos mucho y la gente nos miraba, nos miraba y sonreía: una sonrisa larga, muy larga como el abrigo. Cuando regresamos a casa el niño preguntó: «¿Por qué me miraban tanto?». Y la tía le dijo: «Porque llevas un abrigo de Londres, porque es muy elegante». Y se acostó con aquella ilusión. ¡Cuando se enteraron los padres! Aún hoy, recordando esta anécdota, nos sonreímos todos igualmente. El niño es ya un hombre que se ríe a carcajadas, mientras la tía le acaricia la cabeza con una pena que se esconde entre los pliegues de aquel abrigo.

JOSEFINA DE LA TORRE

Del libro inédito «Versos y estampas de los siete años», prologado por Pedro Salinas.

Intelectualismo poético

A solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

(Me cumple hacer notar que este rasgo es absolutamente original de Fray Luis, pues Horacio gustaba de ver tragar la

pudica mulier, — sabina qualis, aut perusta solibus — pernicis uxor Appuli).

Tal actitud vital, si posible, creo que se llama impasibilidad. En ella sólo la actividad intelectual es posible entre las espirituales.

Unos cuantos documentos poéticos que aporéo — por caso, bien patentes, — pretenden mostrar que una preocupación intelectual rezuma de la poesía de Fray Luis.

Primero su posición frente a un mito clásico.

Aunque el pasaje homérico no autoriza para ello, es cierto que las sirenas o serenas, se han solido presentar como instrumentos de irresistible y pectoral tentación. Su canto corrientemente ha sido, por su dulzura e insinuadora enervación, causa de atracciones invencibles. En el campo de Salamanca una vieja charrada asevera convenientemente:

La serena de la mar
es una bonita dama...

Pues bien, Fray Luis convierte el sabido pasaje a su estricta significación.

Allega y dá reposo
al inmortal cuidado, y entre tanto
conocerás curioso
mil historias que canto,
que todo navegante hace otro tanto.

Que todo lo sabemos
cuanto contiene el suelo, y la reñida
guerra te contaremos
de Troya, y su caída
por Grecia y por los Dioses destruida.

Para el griego fué capital la curiosidad noticiosa, y por ello el anuncio de nuevas la más fuerte tentación. No es un acaso, ni simple fruto de su erudición el que Fray Luis haya sabido penetrar el peligro de la promesa de noticias para su aleccionado Chevinto. Entonces, y siempre, la curiosidad fué distintivo del hombre de inteligencia.

Después, su reacción frente a la naturaleza. En tres líras, para mí las más admirables que destilara su pluma, nos evoca el Otoño. No es dable mayor eficacia. Todos las recordamos. El campo recoge su hermosura; bajadas del cielo, una a una se despojan de sus hojas las arbóreas cimas; el sol oblicuo acorta los días; espesas nubes impelidas del viento asombran la luz meridiana; las grullas, las vengadoras de Ibico, navegan los nublados, graznando roncas; los bueyes con el yugo al cuello preparan la sementera... Ante esta melancólica evocación toda reacción sentimental es lícita; toda niebla en el ánimo legítima; toda sordina pasional obligada.

Pues bien, Fray Luis libre de amor, de celo, de esperanza, se siente acuciado por una urgencia intelectual:

El tiempo nos convida
a los estudios nobles...

Se dirá que el vuelo místico; que la ascensión infinita; que los «delirios verticales». Verdad. También es preparación de las místicas asunciones la liberación del celo, del odio, de la esperanza. Mas en esta suprema aspiración, en Fray Luis, es también el entendimiento el que más anhela saciarse. Dios sabe qué escala a lo inteligible tendría presente el poeta en sus versos a Salinas. Quizá la del pseudo-Areopagita; acaso la de Plotino. Más llana es la inquisición de sus versos a Felipe Ruiz. Sinceramente desea, libre de la terrena visión, volar al cielo, al cielo católico, libre de atenienses o alejandrinos.

Pero lo que esencialmente quiere, en lo que ha de consistir su gozo, es en contemplar la verdad, no ya la transcendente e infinita, sino la que informa curiosidades de nuestro finito y terreno entendimiento. Astronomía, un poco de geología, meteorología, metafísica...

Buen ejemplo Fray Luis de que este anhelo especulador, esta ansia intelectual puede ser apasionada.

Bajo esta seña, con la aflicción moderna y eterna de saber, supera a todos en ímpetu. No sé de poeta más arrebatado. Si acaso el genio torturado de las *Críticas de la Razón*...

JOSÉ M.ª DE COSSÍO

DÉCIMA

El caserío se entiende
Con el reloj de la torre
Para que ni el viento enmiende
Ni la luz del viento borre
La claridad del sistema
Que su panorama extrema:
Transeuntes diminutos
Ciñen su azar a la traza
Que con sus rectas enlaza
Las calles a los minutos.

JORGE GUILLÉN

En el alba

Hallazgo en las sombras:
luz de la mañana
entre las riberas
de la noche. Baja
y la encontrarás
entre guijas francas
dando luz al sesgo
sobre la montaña

de perfil. ¡Si vieras
qué nube mandaba
cernidos envíos
de locura clara

sobre mi cabeza!
Prolongada capa
de iris matidal
en arco colgaba

de una cima; lluvia
fina la calaba.
El día, era concha
impura de nácar,

tras de ti se abría
y de ella saltabas.
¿Oriental, difusa?
Evidente, exacta.

Equilibrio firme
de presencia. Tácita
rueda de la aurora
que rinde y acaba

su giro. Previsto
término del alba.

VICENTE ALEIXANDRE

Calma

¿Dónde se acaba el mar?
¿Donde comienza el cielo?
¿Los barcos van flotando
o remontan el vuelo?

Se perdió el horizonte
en el juego mimético
del cielo y de las aguas.

Se fundió el movimiento
en un solo color
azul, el azul quieto.

Se funden los colores;
se apaga el movimiento.
Un solo color queda;
no existe barlovento.

¡Donde se acaba el mar!
¡Donde comienza el cielo!

JOSÉ M.ª HINOJOSA

Poemas

1

¡Los delanteros del alba!
Los cielos están girando.
La luna descende rauda.
Levántate, guardameta,
que tiene flores la escarcha.

—¿De dónde llegas, alondra?
Aire, ¿desde dónde saltas?
¿De dónde ha nacido el mundo
junto a los chorros del agua?

Los delanteros del día
vienen corriendo a mi área.
Sobre la tierra del campo
Los cinco impulsos se agrandan.
Y el sol, lanzados por ellos,
entre las manos me canta.

2

Cordero de olas
Vellón de la espuma
Rebaño de ondas
por valle de luna.

Cordero de olas:
ya tienes pastor.
En desnuda orilla
faro soñador.

Vellón de la espuma.
—La orilla desnuda.

Cordero de olas.
—Pastor de las ondas.

Flauta del sudeste.
Dulce apacentar.
Este ritmo blando
que rizaba el mar.

3

Abra los tus ojos
viento matinal.
Tengas en la frente
rubia luz solar.
Mírense desnudos
tus hombros de sal.

Los silencios blancos
digan el cristal.
Las palabras niñas
rompan a volar.
Quieras tú mis besos
orillas del mar.

4

¡Pueriles geometrías
en el azul ancladas!
Cometas de mis sueños
sobre tu vida clara.

Hay en el mar estrellas.
Hay en los cielos algas.
Tiene la tarde rosas
entre tus manos blancas.

A. OLIVER BELMÁS

El amor anclado

(FRAGMENTO)

HABÍA asegurado el médico que aquel sería el último día de cama. Cuando Teresa lo oyó sintió más dulce el hueco tibio y blando que imprimía su cabeza en la almohada, y apoyóse intencionadamente en él como si quisiera advertir todos sus pensamientos, desde los más febriles a los ya apiréticos, que habrían quedado allí cobijados y sumidos. Aquella enfermedad, que se había entrado por su cuerpo calladamente, como había parado el «Berliet» de Gerardo, obediente al freno, delante de su casa, fué para ella otro viaje, más lento y quieto, que le permitía detenerse en cada sitio largamente, recorriendo la estela de emociones, que apenas se situaron antes con el vértigo del automóvil. Después de su excursión se había sentido abatida de cansancio, inquieto el ánimo y torpe el cuerpo, que le atravesaban relámpagos de frío, saetas febriles que hacían más agudo su pensamiento ahora turbado, tanto como su cuerpo, porque no podía, siempre bajo el pino, resumirse interiormente las ansias y las melancolías que le avivaron el trajín y el viaje. Estaba sentada esta vez de frente al mar y la brisa salitrosa le bruñía las mejillas, la garganta y las manos que tenía desnudas, y la traspasaba toda. Se le inquietaban los rictos del peinado con un temblor que ella se apresuraba a corregir con los dedos. A la media mañana ya no pudo soportar el fresco y quiso entrar en la casa. Ya estaba muy malita. Duró una semana aquella fiebre alta, que la tenía siempre delirante y transpuesta; durante el alivio las imágenes de su delirio se le aparecían como vagas presencias de un sueño, que tenían sin embargo una vida concreta entre todas las cosas íntimas de su cuarto, y entre la madre, los hermanos, los amigos, todos los que estaban a su lado. A veces le parecía que sus brazos, desnudos y tendidos sobre la cama, eran rieles de aquel sueño, que andaba lentamente por toda su naturaleza, sin dejar empero ninguna huella. Ya cuando estuvo mejor, esta confusión de su vida verdadera y de la que en su delirio y en el recuerdo de éste se creaba, resolvióse en largos sueños que le llenaban la noche. Al alba, cuando entraba su hermano a darle un poco de café con ron para levantarle la temperatura, ella se esforzaba por reconstruir su sueño; más casi no podía. Eran las mismas gentes y los mismos lugares de su vida verdadera los que habían sido estampas de su existencia dormida; más luego no coincidían los hechos de unos y otros, ni hallaban adecuado paisaje en la realidad limpia y aguda del alba de sus 36⁴. Ni ella misma era ella misma. Lo pensaba muy despacio, luego de beber su café, difuminando su mirada por la cándida claridad de la luz que entraba por su reja y que hacía casi azules las rosas blancas del papel de su cuarto, de ópalo dulce con la mañana, y de ivory de piano con cirios con el sol transmontante de la tarde. Todos sus sueños, sin embargo, tenían siempre una apariencia análoga.

Ella recordaba, sobre todo, algunos detalles que se repetían en varias de sus noches. En el recuerdo, estas se superponían y eran un sólo sueño los sonambulismos y ensueños de todas.

No era Teresa como es. Tenía rubias las trenzas, sobre la espalda despeinadas; había crecido más, y estaba muy delgada; caminaba; no sabía bien cómo. Más que caminar era como si resbalase muy calculadamente, siempre muy recta y casi inmóvil para no perder el equilibrio, por una senda blanca y larga, río de la luna ancha de aquella noche, cuajado sobre el mar, sólo real en el sueño. Llevaba un vestido blanco, de puntilla de viento y espumas, que se le irisaban con la luz de las vidrieras de la catedral—entonces era ya muy niña, como cuando su madre la llevaba en brazos a los oficios divinos—. La catedral flotaba sobre el mar, altos los mástiles de sus torres, y Teresa la veía navegar asomada a una ojiva muy alta, también, donde una virgen la sostenía abrazándola por el talle y estrechándola junto al regazo, donde se dormía el infantil divino, que era lo mismo que su hermano el menor. Cuando Teresa era como es, la catedral era un largo laberinto de palmas en la extremadura de una montaña. Por un mar hondo y claro, entre sus aguas, Teresa andaba con los ojos abiertos y los brazos tendidos. No necesitaba moverse; Bautista le daba su mano y la conducía suavemente, casi meciéndola en la dulce vacilación de las ondas íntimas del agua clara y honda. Bautista, ahora lo notaba Teresa, llevaba en un dedo el anillo de Gerardo, pero dentro del agua la piedra preciosa tenía un matiz de transparente color amarillo. Había mucha gente que miraba desde la playa: la madre de Teresa estaba de rodillas y acaricaba con las manos a Luisa; de pronto, las dos lloraban mucho. Otra vez Teresa, que es como es, está sentada en la catedral, en un ángulo del coro y lee un libro que tiene abierto sobre la falda. Esto lo recuerda muy bien; debe de sentarse siempre allí, porque todo cuanto vé desde su silla le es muy familiar. A un lado hay un hombre ya de edad que lee también como ella en un libro mucho más grande, con muchos mapas. Toda

la catedral está llena de luceros, de muchas estrellas radiosas que agudamente vuelan y huyen, sustituyéndose. De pronto todo se queda muy negro. Es seguro que en este momento Teresa está, en su cunita de niña, ahora asomada al balcón de Segovia, muerta. Ella ve que la toman en brazos. Gerardo y Bautista y la acuestan—lleva un vestido blanco y es muy alta—sobre la cubierta de una nave. El mar es todo de cielo. Vuelve a ser todo negro.

Teresa recordaba en su vigilia esta vida de ensueño, y se inquietaba por enlazarla con su otra vida. Al principio lo intentó por sí sola; luego, inquieta, consultó con su doctor. Todo era debilidad, consecuencia misma de su fiebre, y no debía preocuparse ni atribuir a sus sueños importancia alguna. Pero Teresa siguió por ellos perturbada durante todo el tiempo de su enfermedad porque al recordarlos descubría en su propia vida hazañas, deseos, pensamientos que ella no había sospechado antes y que si entonces no podía concretar ofrecíanle sin embargo a sí misma nuevas intimidades que antes no conocía. La ella de los sueños, por no sabía que secretos caminos, y ocultos senderos de su ser, venía a fundirse, creándose en su carne y sentimientos vivos.

Al levantarse y salir de nuevo al jardín de su casa lo hizo con alegría porque pensaba que en el aire abierto y libre del campo, se dilatarían y esparciarían sus secretas dudas de enferma, y se le juntarían en una definición clara de su vida los delirios y los ensueños de las noches con la existencia tan noble y verdadera de sus mañanas, claras, bañadas en la luz que la reja cuadrículaba en las paredes de la alcoba, favoreciendo así su deseo de clasificar y explicar sus pensamientos e ilusiones, en una perfecta sinopsis espiritual. Ya todo el campo estaba cuajado y se ofrecía en su madura plenitud de agro levantino en el centro de Agosto. Era, precisamente, el día de la virgen de ese mes, la *Mare de Deu d'Agost*, que decían las gentes de la tierra, endulzándose las palabras entre los labios como un moscatel dorado y dulce de zumos de miel cuando se parte entre los dientes. En esta plenitud del paisaje, Teresa sentía que todo su ser se recreaba, que la luz y la madurez del campo daban inéditas energías a su cuerpo convaleciente más leve y ligero que nunca, como si de aquella enfermedad hubiera salido hecha de nueva carne; aquella sensación de su cuerpo que siempre la dominaba, tantas

veces enojándola, no la sufría ahora; ya no advertía su encarnadura como cárcel material de su ánimo, como límite compacto de lo que ella sentía que era su vida entrañablemente real. Más bien su mismo cuerpo parecía acuciar con su levedad el ansia íntima y contenida; y en la cima de esta ansia se le alborotaba todo el contenido de hallarse otra vez en su silla, allí debajo del pino que era frondoso y trémulo cobijo de sus horas.

Solo que esta vez Teresa se había sentido, contra su costumbre, de frente al mar. No lo hizo por azar. Ya se levantó con voluntad de que fuese así; el mar entrevistó en sus sueños, por cuyas ondas íntimas, claras y hondas, había caminado—esto lo recordaba muy bien todavía—le había suscitado el deseo de contemplar tan pronto como se levantara el mar verdadero. Cuantas memorias vagas le quedaban de sus delirios y ensueños, ahora quería comprobarlas e identificarlas, como había hecho tantas veces con sus recuerdos de infancia—tal como ella se veía de niña al constatarlos con cualquier retrato de aquel tiempo. Ahora, ambos recuerdos y sus contrastes con la presencia cierta, se le despertaban en la mente, paralelos. Hasta que, rememorándolos juntamente, convergían en un solo momento, que Teresa veía concreto y exacto; sus emociones actuales y sus recuerdos de niñez se le unían de modo que no le parecía, así, de pronto, tener los años que ya tenía. Solo cuando volvía sobre esta misma sensación, observándose a sí misma, todas sus ideas y sensaciones se situaban distintamente. Y entonces, lo que en sus sueños había sido inexplicable, hacía en su pensar claro y sencillo. Niñez y juventud acababan por cruzarse aquella mañana.

El aire marino venía a inquietarle los rizos del pelo y ella se complacía en la caricia suave y fresca; recordaba el vuelo de sus trenzas y tirabuzones infantiles, en sus primeros años, cuando corría orillas del mar perseguida y perseguidora de las blandas ondas que le acercaban o le esquivaban las saladas espumas, nieve voladora para su imaginación de muchachita criada en la serranía. Y este recuerdo se le trenzaba con el más inmediato de la excursión en el «Berliet» de Gerardo, cuando atravesaron el riachuelo de las aguas sobrantes de los regadíos. Sinó que cuando más lo miraba, más intensamente sentíase penetrada por aquel viento mediodía y el mar dejaba de ser

orilla lenta y larga, que siempre para ella fue: ya no le parecía el mar límite de la tierra; sino esta,—el arenal de la playa—, era el límite del mar, la verdadera separación entre ella y el mar. Este le iba bañando el alma aquella mañana. En la sombra, se le hacía de agua rizada y verde la tibia claridad del aire y el deseo le fingía en la sillita bandadas de nave. Por la vaguedad esta ilusión marina, y concretándose mejor, navegaban por su mente más recortados pensamientos. Todos ellos, el mismo mar los traía. Pensaba en Bautista y en Gerardo. Ahora, ambos, ante su vida, se habían tornado más complejos. Ya no eran tal cual eran. También habían pasado por las sombras de sus delirios y estos les habían añadido nuevas formas; no solo a ellos; desde que empezó a mejorar, Teresa sentía toda su vida más ancha y complicada. En la quietud prolongada de la cama habíanse desenvuelto las emociones de su paseo en automóvil; la libertad que antes había visto y sentido como bien ajeno a sí misma y poco deseado en verdad, era ahora dentro de ella impulso trémulo e inquietud constante. Así que las cosas ya no podía distinguirlas y comprenderlas por su movimiento, por el modo de agitarse entre ella, constantemente parada. Ella misma se movía ya; no; seguía tan quieta, tan sentada como antes; pero íntimamente se agitaba y movía; a la contemplación estática de las cosas con las cuales fundíase totalmente hasta no pensar en nada y vivir solo de la gracia de ver, oponía ahora la actividad de su alma, y de su mente; ahora ya no era el paisaje el que se adentraba en ella ni ella mansamente en las cosas; paisaje y Teresa eran dos vidas, y sus caminos podían o no ser paralelos; converger hasta fundirse, o distanciarse tanto que Teresa, de pronto, sentíase completamente sola, ni aquí, ni allá, sino en ella misma, es decir, fuera de ella, fuera de la Teresa quietecita y sentada. Y entonces sólo su espíritu sentía.

JUAN CHABÁS

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

EN MADRID: León Sánchez Cuesta, Mayor, 4.
EN MURCIA: Merced, 22.

Precio del ejemplar: 50 céntimos.

Libros y Revistas

LIBROS RECIBIDOS

Benjamín Jarnés.—El profesor inútil.—Colección «Nova Novorum».—Revista de Occidente.—Madrid, 1926.

Saulo Torón.—El Caracol encantado. (Verso).—Prólogo de Antonio Machado. Madrid, 1926.

Emilio Prados.—Canciones del farero.—Saludo de LITORAL. Málaga, 1926.

Manuel Altolaguirre.—Las islas invitadas y otros poemas. Imprenta Sur. Málaga 1926.

REVISTAS

MEDIODIA: Núm. 4. Septiembre, 1926. Sevilla.—Versos de Rafael Laffon. Prosa de B. Cendrars, G. de Torre. M. Halcón. J. Romero y Murube, A. Gazul, F. J. Rajel, R. Porlán y Merlo. Ornamentación de J. Miguel Sánchez.

FAVORABLES PARIS POEMA: Número 2. Octubre, 1926. París.—Versos de G. Ribemout, A. Fenosa, C. Vallejo, A. Riquelme, P. Reverdy, P. Veruda, G. Diego, F. Tzára, J. Larrea. Prosa de J. Larrea, V. Huidobro y C. Vallejo.

LITORAL: Núm. 1. Noviembre 1926.—Bajo la dirección de E. Prados y M. Altolaguirre. Imprenta SUR. Málaga.—Versos de Federico G. Lorca, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Emilio Prados y José M.ª Hinojosa.—Prosa de José Bergamín, Gerardo Diego y Benjamín Jarnés.—Dibujos de F. G. Cossío y José M. Uzelay. Portada de M. Angeles Ortiz.

Nuevas Revistas para 1927

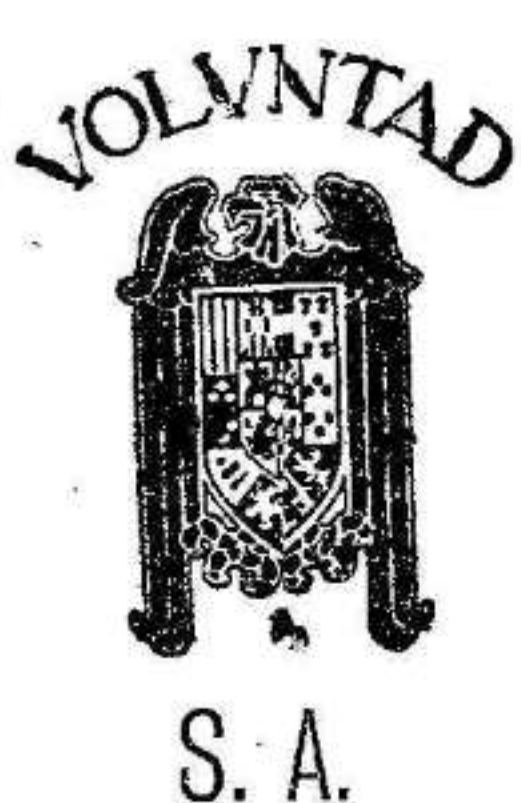
LEY. (Entregas de capricho).—Facsimiles; verso, prosa, dibujo, pintura, escultura, música, fotografía, etc.—Madrid.—Concesionario: León Sánchez Cuesta, Mayor, 4.

PRESENCIA (Boletín español de poesía y crítica).—Madrid.—Concesionario: León Sánchez Cuesta, Mayor 4.

LA GACETA LITERARIA.—Núm. 1.—1.º Enero 1927. Director-Fundador: E. Giménez Caballero. Madrid.

Tip. "S. Francisco",—Murcia

Editorial



Voluntad

Apartado 8037
Oficinas: Alcalá, 28.

Exposición de material escolar, de oficinas y escritorio:

Serrano 48
MADRID

LIBRERIAS:

MADRID: Alcalá, 28 y Marqués Urquijo, 32

BARCELONA: Bruch, 35

VALENCIA: Mar, 17

BUENOS AIRES: Moreno, 2857

EDICIONES Y EXCLUSIVAS DE ARTE

Tejidos y Bordados Populares Españoles, por Mildred Stapley de Byne, 30 pesetas.

Jardinería General Española, por Manuel Priego y Jaramillo. 30 pesetas.

Museum Hispanum (Velázquez), por Rodríguez Sadia, 30 pesetas.

El Traje Regional de España, por Isabel de Palencia, 40 ptas.

La Tierra Bendita, por Joaquín y Serafín Álvarez Quintero (en prensa).

Provincial Houses in Spain, por Arthur Byne, 190 pesetas.

Spanish Interiors and Furniture, por Arthur Byne, 300 ptas.

Muebles Españoles, por Rafael Doménech y Luis Pérez Bueno, 50 pesetas.

Tratado de Técnica Ornamental, por Rafael Doménech.

Gregorio Muñoz Dueñas y Francisco Pérez Dolz, 16 ptas.

Sorolla, por D. Rafael Doménech, 12 pesetas.

Pérez Villaamil, por A. Méndez Casal, 10 pesetas.

Colección Iconográfica, 3,50 cada volumen.

L'Archiduchesse Infante Isabelle Claire-Eugénie au Musée du Prado, por F. Llanos y Torriglia, 10 pesetas.

Spanische Plastik, por George Weise, 45 pesetas.

Exposición de Arte Prehistórico Español, Catálogo por don Elías Tormo, 30 pesetas.

Exposición de Hierros Antiguos Españoles, Catálogo por D. Pedro Miguel Artíñano, 50 pesetas.

Exposición de El Abanico en España, Catálogo por D. Joaquín Ezquerro del Bayo, 40 pesetas.

Exposición de Dibujos, Catálogo por D. Félix Boix, 40 ptas.

Catálogo de la Exposición de Retratos de Niños en España, por los señores Méndez Casal, Ezquerro del Bayo y Cavestany, 40 pesetas.

La Casa Española, por D. Luis M.ª Cabello Lapiedra, 40 pesetas.

Exposición de Pinturas Españolas en la primera mitad del siglo XIX, 8 pesetas.

Catálogo de Orfebrería Española, por D. P. M. Artíñano, 50 pesetas.

Los Dominicos y el Arte, cada cuaderno, 6,25 pesetas.

Paisajes y Monumentos de España, cada carpeta, 10 pesetas, por suscripción, 9 pesetas.

Lo que se sabe de la vida del Greco, por Cossío, 5 pesetas.

Entierro del Conde de Orgaz, por Cossío, 5 pesetas.

Revista de Arquitectura Española, Director, D. Pablo Gutiérrez Moreno. Número suelto, 7 pesetas.

ACABA DE PUBLICARSE:

LA ESCULTURA EN LOS CAPITULES ESPAÑOLES

Serie de modelos labrados del siglo VI al XVI, con un breve estudio por MILDRED STAPLEY BYNE y un prólogo por el famoso arqueólogo ARTHUR KINGSLEY PORTER cuyas teorías sobre arte español causan sensación en todo el mundo:

30 PESETAS